

Cuando el tiempo
se detiene,
la vida se llena
de sorpresas

SIETE DÍAS *contigo*



BETH REEKLES

BETH REEKLES

SIETE DÍAS CONTIGO

Traducción de Aleix Montoto

 Planeta

Título original: *Love, Locked Down*

© Beth Reekles, 2022

© por la traducción, Aleix Montoto, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: julio de 2022

ISBN: 978-84-08-26157-5

Depósito legal: B. 10.201-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1
APARTAMENTO N.º 14
IMOGEN

Está empezando a clarear y la persiana veneciana es de un color gris pálido que apenas impide que entren los rayos del sol. Toda la ventana parece relucir y tenues sombras se extienden por la habitación, oscureciendo el ordenado conjunto de productos para el pelo y frascos de perfume que hay sobre la cómoda y dibujando extrañas formas en la sudadera con capucha que cuelga en el pomo de la puerta del armario. Siento una rodilla clavándose en mi muslo. Y, al pasarme una mano por la cara, noto que el rímel de anoche se me ha solidificado en el borde de los ojos. Comienzo a levantarme de la cama, pero de repente descubro que se me ha quedado atrapado el pelo bajo uno de sus brazos y sorbo fuerte el aire entre los dientes. Tras recogermelo en una coleta con la mano, empiezo a liberarlo lentamente, centímetro a centímetro.

El colchón chirría cuando me incorporo, pero... ¿Nigel? (¿se llamaba Nigel?) sigue roncando, profundamente dormido y ajeno al hecho de que yo estoy en su cama.

Le echo un vistazo por encima del hombro.

Me sigue pareciendo más mono que en su foto de perfil, a pesar incluso del hilo de baba que le cae por la barbilla.

—Ha sido divertido —susurro, pese a que duerme como un tronco. Le lanzo un beso y me pongo los vaqueros mientras cruzo en silencio el cuarto.

Miro la camiseta que le tomé «prestada» para dormir. Es de los Ramones. Y parece realmente *vintage*, no una versión de cinco libras comprada en Primark. La verdad es que es muy cómoda. «Y chula», pienso al ver mi reflejo en el espejo que cuelga en la pared opuesta. Me va grande, pero no tanto como para parecer una niña pequeña que juega a vestirse con ropa de adulto. Me meto la parte delantera por dentro de los pantalones y miro a ver qué tal queda.

Eso es, genial.

Lo siento, Neil. (Sí, puede que sea Neil.) Ahora esta camiseta es mía.

Mi largo pelo castaño, en cambio, tiene un aspecto lamentable. Los rizos de ayer han desaparecido y ahora está mustio, lleno de nudos y definitivamente enmarañado. Intento pasar los dedos por él, pero es imposible y al final desisto. Bueno, al menos el rímel corrido me da un aspecto *grunge* que pega con la camiseta de los Ramones.

Tras recoger mi propia camiseta y el sujetador del suelo del dormitorio, salgo de puntillas al diáfano salón comedor. ¿Dónde dejé el bolso? ¿No fue en...? ¡Ajá! ¡Aquí está! Y el abrigo también. Meto mis cosas en el bolso y luego me pongo a buscar los zapatos.

Vamos, Imogen, piensa, tienen que estar por aquí. No puedes haberlos perdido. ¡Anoche ni siquiera estabas borracha!

¿Dónde dejé los malditos zapatos?

¡Madre mía, no! Ya me acuerdo. Me hizo dejarlos en el

rellano porque estaban embarrados. Como si fuera mi culpa que anoche lloviera y el camino al edificio de apartamentos estuviera cubierto de barro de los parterres. Y yo bromeé diciendo que eran Prada y que si alguien me los robaba más valía que la noche mereciera la pena, a pesar de que en realidad los había comprado de rebajas en New Look.

Echo un último vistazo para asegurarme de que lo tengo todo. Móvil, sí; llaves de casa..., sí, en el bolso.

Vacilo un momento y después me acerco a toda prisa a la pequeña mesa de comedor para dos que hay junto a la puerta del salón y cojo una porción de pizza de peperoni de las sobras de anoche.

El desayuno de los campeones.

Al salir por la puerta del apartamento, paso por encima de un folleto publicitario. Deben de ser como muy tarde las siete de la mañana, me pregunto quién narices reparte correo comercial tan pronto. ¿Quién se entrega tanto a su trabajo?

Mis zapatos están justo donde los dejé.

Y sí, es verdad, reconozco que dan la impresión de que anoche me estuve paseando por una granja. No puedo echarle la culpa por pedirme que me los quitara antes de entrar al apartamento. Cuando llegue a casa voy a tener que limpiarlos.

Sostengo la porción de pizza entre los dientes mientras meto los pies en los zapatos y, ¡argh!, están empapadísimos. Luego me pongo el abrigo.

¡Bueno, ya estoy lista!

Desciendo por la escalera que conduce a la planta baja mientras comienzo a devorar la pizza y abro la *app* de Uber

para pedir un coche que me lleve a casa. Estos zapatos son muy bonitos, pero no están hechos para volver caminando a casa tras pasar la noche fuera.

—¡Disculpe, señorita!

A pesar de que no hay nadie alrededor, no me doy cuenta de que esa voz se dirige a mí hasta que dice:

—¡Ey, usted! ¡La de los Ramones!

Me doy la vuelta y veo a un tipo con aspecto cansado y estresado que sostiene un puñado de folletos. Don Correo Comercial, supongo. Lleva una mascarilla quirúrgica azul sobre la boca y unas zapatillas de andar por casa marrones feísimas.

—Gracias, pero no estoy interesada —le digo, y me vuelvo hacia la puerta.

Pero cuando empujo para abrirla... nada.

Cojo con fuerza el gran picaporte de acero y tiro, empujo y sacudo, pero la puerta permanece firmemente cerrada.

¿Qué cojones?

¡Oh, Dios mío! Así es como voy a morir. Después de un rollo de una noche y a manos de un psicópata que reparte folletos. Por favor, por favor, que nadie ponga en mi lápida que esa ha sido la causa de mi muerte.

—No puede salir, señorita —me dice el hombre, cansado—. ¿Es que no ha leído el aviso?

—¿Qué aviso? ¿De qué está hablando?

Me vuelvo hacia él con el móvil en la mano. ¿Debería llamar a la policía? ¿A mi madre? ¿Al conductor del Uber?

El hombre exhala un suspiro de exasperación y se acerca a mí, pero se detiene a cierta distancia. Al igual que yo, tiene un aspecto desaliñado, pero más como si esta maña-

na hubiera salido corriendo de su casa con lo puesto, no como si estuviera volviendo a ella. De su cinturón cuelga un llavero con un montón de llaves. Luego me fijo en los guantes blancos de látex que lleva puestos y el estómago se me encoge de golpe.

—Hay un caso confirmado. Un residente se ha contagiado y todo el edificio ha sido confinado. Esa puerta tan solo se abrirá por necesidad médica o para el reparto de comida.

Me lo quedo mirando, plenamente consciente de que tengo la boca abierta. Al cabo de un momento, el tipo se encoge de hombros como diciendo «¡Qué le vamos a hacer!».

«Es una broma», pienso.

Tiene que ser una broma.

Suelto una risita incómoda y mis labios se extienden hasta formar una sonrisa.

—Claro, claro. Muy bueno, sí, señor. Mire, lo entiendo perfectamente, de verdad, pero... ¿no podría, ya sabe, usar una de esas llaves y dejarme salir de aquí? Le juro que tendré muchísimo cuidado. Hasta cancelaré el Uber que he pedido y me iré caminando, ¿qué le parece?

El tipo frunce el ceño.

—Es usted consciente de lo serio que es esto, ¿verdad, señorita?

—Por supuesto —le aseguro, pero mi tono de voz no suena nada sincero, sino forzado e impostado. Condescendiente, incluso. Mierda. Vuelvo a intentarlo—. Lo entiendo. De veras. Pero, verá, la cosa es que yo solo había venido a visitar a alguien, así que en realidad ni siquiera debería estar aquí. Y, bueno, ahora tengo que irme a casa.

En su rostro percibo un atisbo de compasión y por un momento creo haberlo convencido. Rápidamente, sin embargo, frunce el ceño de nuevo y me dice con severidad:

—Sabe usted que no debería salir a la calle si no es estrictamente necesario, ¿verdad?

Mierda.

—Bueno, ya, pero... ¿no podría...?

Echo un vistazo por encima del hombro a la puerta y al sendero embarrado que hay al otro lado, con sus apagados macizos de rosales mustios y de petunias de vívidos colores: la libertad, tan cerca que casi puedo saborearla y, sin embargo...

Lo único que puedo saborear es mi aliento mañanero y la pizza de peperoni.

Y esta ya no resulta tan sabrosa como hace un par de minutos.

¿Cuáles son las probabilidades de que pueda arrebatarme las llaves que lleva en el cinturón y abrir la puerta antes de que me pille? Mmm, básicamente inexistentes. ¿Y si corro a toda velocidad hacia la puerta? ¿No podría romperla con uno de los tacones de mis zapatos? ¡Ya lo sé! ¡Tal vez podría hipnotizarlo para que me dejara salir! ¡He visto vídeos de Derren Brown en YouTube!

—Cuarentena de siete días —dice mi carcelero—. He de limpiar a fondo todos los espacios comunes. Cualquiera podría estar infectado y, a no ser que en ese bolso suyo lleve cincuenta y pico test para todos los residentes, aquí nadie va a ir a ningún lado. Créame, esto tampoco tiene nada de divertido para mí. ¿Acaso cree que quiero pasarme todo el día haciendo de guardia de seguridad para que no me despidan y terminen desahuciándome?

«Está bien, de acuerdo, bien jugado», pienso. Felicidades, Don Correo Comercial, oficialmente siento lástima por usted.

—Pero...

—Escúcheme, lo único que puedo sugerirle es que vuelva a casa de su amigo —agradezco que diga «amigo» como si, bueno, estuviéramos hablando de un auténtico amigo, cuando está claro que no es el caso— y mire en internet si el servicio de reparto de Tesco todavía tiene algún hueco libre. Y, ya puestos, yo que usted también compraría algo en Topshop o alguna otra tienda. Necesitará comida y ropa para la semana. A menos que tenga que ir al hospital, me temo que está atrapada aquí.

Lentamente y a regañadientes, arrastro los pies de vuelta a la escalera. Los zapatos me hacen daño en los dedos, de modo que me los quito y los sostengo por las tiras con el dedo índice. Don Correo Comercial se queda abajo, limpiando a fondo la puerta en la que acabo de poner mis mugrientas manos casi como si pretendiera ahuyentarme y asegurarse de que no intento salir otra vez.

¿Y ahora qué narices puedo hacer?

Argh.

Sé perfectamente qué es lo único que puedo hacer.

Aun así, pruebo el tirador de la puerta del apartamento n.º 14 con la vaga esperanza de que la suerte me sonría al menos un poco.

Cerrada.

Claro.

Considero mis opciones y, finalmente, me siento en el

sencillo felpudo marrón con la espalda apoyada en la puerta y me llevo las manos a la cara.

Esto me pasa por ignorar todos los consejos.

No tanto los de «Quédate en casa» (aunque estos también) como los de «Ya no vas a la uni, Immy, deja de comportarte como si lo hicieras» de mis padres, mis amigos, mi jefe o —joder— incluso mis hermanos pequeños.

Como siempre digo, ¿para qué quieres madurar cuando puedes pasártelo bien?

Esto, sin embargo, no tiene nada de divertido.

Mi única opción es hacer lo mismo que habría hecho en la uni y llamar a mi mejor amiga.

A pesar de lo temprano de la hora, Lucy contesta en un tono calmo pero seco.

—¿Qué has hecho esta vez, Immy?

—¡Eeeeey, Luce!

—¿Cuánto necesitas, Immy?

—¿Qué te hace pensar que necesito dinero? ¿Qué te hace pensar que he hecho algo? —pregunto haciéndome la ofendida y llevándome una mano al corazón para darles a mis palabras un mayor efecto dramático a pesar de que no puede verme. Y, a pesar de que yo tampoco puedo verla a ella, no tengo la menor duda de que pone los ojos en blanco cuando exhala un largo y profundo suspiro—. Bueno, está bien —prosigo—, tengo... un pequeño problemilla.

—¿Has olvidado cancelar un periodo de prueba gratuito?

Lucy está lo suficientemente acostumbrada a mis chorradas para saber lo melodramática que puedo llegar a ponerme por una cosa así. Tanto como para llamarla a primera hora de la mañana.

Aun así...

Abro la boca para decirle que me he quedado atrapada con Don Tarro de Miel, el tipo con el que he estado enviándome mensajes esta última semana y con quien ella me dijo específicamente que no quedara porque hay una pandemia, y ahora estoy atrapada en este edificio y solo tengo un par de bragas y ni siquiera he traído un cepillo de dientes conmigo y...

Y odio admitir que siempre tiene razón.

Incluso a pesar de que, técnicamente, todo esto es culpa suya, pues anoche estaba demasiado ocupada planeando la estúpida boda de una amiga como para cogerme el teléfono y convencerme de que no quedara con el tío ese. Como me había dicho que no lo hiciera y yo realmente tenía ganas de hacerlo, decidí que no le diría nada hasta que hubiera regresado a casa, aunque solo fuera para hacerle ver que hacía una montaña de un grano de arena y se preocupaba demasiado.

—¡Mierda! Has quedado con él, ¿a que sí? ¿Con Don Tarro de Miel?

No puedo contarle la verdad.

Al menos todavía no.

—¡No! No, no, claro que no —digo, aunque no creo que mis palabras suenen demasiado convincentes—. Yo solo... bueno, verás, la cosa es que...

Lo cierto es que no me gusta mentirle a mi mejor amiga (ni, de hecho, a nadie; en todo caso, suelo compartir más información de la necesaria), pero lo hago de todos modos por el bien común.

Es decir, en realidad estoy haciéndole un favor, ¿no? Solo le miento para evitar que pase toda la semana preocu-

pándose y estresándose por mí. Sé perfectamente cómo es Lucy y, si se enterara de la verdad, es lo único que haría.

Lucy me interrumpe con un suspiro. Parece que ha comprendido que, sea lo que sea, se trata de algo más grave que los pequeños berenjenales en los que suelo meterme.

—Así que esta vez la has cagado pero bien, ¿no?

—Gracias, Luce.

En vez de insistir en que le cuente qué ha ocurrido, se limita a aceptar que he metido la pata de algún modo.

—¿Cómo de grande es el problema?

—Bastante.

—¿Has vuelto a agotar el límite de la tarjeta de crédito?

—Más o menos.

Ambas sabemos que eso significa «por supuesto».

—¿Con cien pavos te las arreglarás, Immy?

—Te quiero.

—Lo añadiré a la lista de lo que me debes —dice, y sé que lo hace con una sonrisa—. ¿Estás segura de que estás bien?

—¡Oh, ya me conoces! —digo entre risas, y me siento extrañamente aliviada por el hecho de que estar atrapada en un confinamiento con un rollo de una noche ni siquiera es lo más loco que me ha pasado el último mes. (Desde luego no tanto como la noche que subí al escenario para desafiar a la *drag queen* que encabezaba el cartel a un «combate de *playbacks*», ¿no?)—. Ya me las arreglaré. Solo... Gracias otra vez, Luce. Ya te lo contaré todo cuando nos veamos.

—¿No lo haces siempre?

Lucy tiene la extraña capacidad de terminar las conversaciones sin necesidad de decir adiós. La conozco lo sufi-

ciente para saber que este es uno de esos momentos. Me despido de ella, vuelvo a darle las gracias por el dinero que me enviará tal y como siempre hace y que yo le devolveré con amor, afecto y memes hasta que un día, en un futuro lejano, haya resuelto mi vida lo suficiente para dejar de estar en números rojos y que me quede algo para recortar un poco mi creciente deuda con el Banco de Lucy.

Sintiéndome un poco mejor, vuelvo a ponerme de pie, me arreglo la ropa con las manos y llamo a la puerta.

Tarda unos minutos en abrirse.

El tipo está grogui y se muestra desconcertado. Solo lleva puestos los calzoncillos bóxer. El pelo rubio cuidadosamente peinado que había admirado en sus fotos está ahora apelmazado y completamente en punta. El hilo de baba sigue ahí, ya seco, en una comisura de la boca.

Le ofrezco mi mejor y más radiante sonrisa mientras ladeo la cabeza y enrolló un mechón de pelo alrededor de un dedo.

—¡Ey, Niall! Esto...

Él bosteza ruidosamente y, al tiempo que alza un dedo para que me calle un momento, con la otra mano se tapa la boca abierta. Tras sacudir la cabeza y parpadear varias veces, se me queda mirando confundido y no muy emocionado.

—Odio imponer mi presencia, pero resulta que tu edificio está... en cuarentena.

—¿Cómo dices?

Bajo la vista en busca del folleto publicitario por encima del que he pasado antes y me inclino para cogerlo del suelo. Es un aviso impreso en el que se informa a los residentes de que deben quedarse en el interior de sus aparta-

mentos durante un periodo de siete días. Se lo ofrezco y, mientras lo lee, frotándose los ojos, permanezco en silencio y me balanceo de un lado a otro con las manos juntas delante de mí. Él se lo acerca al rostro y entrecierra los ojos.

—¡Mierda!

—Hay un tipo abajo que no me permite salir —digo—. Lo siento de veras, pero... a no ser que quieras ir a hablar tú con él... —Tras dejar otra vez mis zapatos en el pasillo, vuelvo a entrar en el apartamento.

Él sigue estupefacto mientras yo suelto el bolso y me quito el abrigo.

—Voy un momento al lavabo. Ya sabes, para lavarme las manos. —Y las agito delante de él como queriendo demostrarle lo responsable que soy.

Cuando salgo del cuarto de baño él todavía está junto a la puerta con el folleto en las manos.

—Bueno, Nico, verás...

—Nate.

—¿Cómo?

—Mi nombre —contesta, enarcando las cejas y con un aspecto más cabreado que cansado—. Es Nate. Nathan, vaya. Pero Nate.

Me muerdo el labio y tuerzo el gesto. En cierto modo esperaba que, si iba diciendo nombres que empiezan por N, al final daría con el correcto. También esperaba que, si los decía lo suficientemente rápido, él no se daría cuenta de mi equivocación.

—Lo siento. Es que... te guardé en los contactos del móvil con el emoji del tarro de miel. Porque..., ya sabes..., me contaste que si tuvieras que ser un personaje de ficción,

escogerías a Winnie the Pooh, y que tu madre cría abejas, y que tus chocolatinas favoritas son las Crunchie, que llevan miel..., y en su momento me pareció algo mono y gracioso, pero luego me di cuenta de que me había olvidado de tu nombre, y tú habías borrado tu perfil de la *app*, así que no podía mirar cuál era, y...

Al menos mis explicaciones hacen que la expresión de Nate se suavice.

Pero entonces, cuando me quito el abrigo, ve la camiseta que llevo puesta y suelta una carcajada de incredulidad.

—Realmente eres de lo que no hay. Me convences para que te traiga a casa cuando se supone que todo el mundo debe estar respetando la distancia social...

—Ayer no oí que te quejaras —digo por lo bajo pero en un tono lo bastante alto para que me oiga.

—... y luego vas y te largas sin despedirte siquiera y además con mi camiseta favorita puesta. Alucino.

—A lo mejor solo era una excusa para volver a verte. Él pone los ojos en blanco y se ríe.

—Imogen, créeme cuando te digo que nunca antes había conocido a alguien como tú.

Yo inclino la cabeza en señal de agradecimiento a pesar de que el modo en que lo ha dicho ha sonado como un insulto.

—Gracias.

Eso, al menos, le hace reír. Nate-Nathan-Nate se pasa una mano por el pelo, aunque apenas consigue arreglarse-lo, y después dice:

—Si quieres darte una ducha, hay toallas limpias en el armario del cuarto de baño. Yo voy a ver en internet si el servi-

cio de reparto del súper todavía tiene algún hueco libre. Luego... no sé. Ya veremos cómo solucionamos esto

No tengo muy claro qué es exactamente lo que hay que solucionar más allá de comprar online algunas lasañas congeladas y unas cuantas bragas, pero asiento.

—Entendido. Perfecto. De acuerdo..., Nate.

Y yo que quería escabullirme sin más.